

fin de milenio

Yolanda Montúfar*



La cronología, como ciencia, está referida a las modalidades adoptadas por las diferentes civilizaciones que han prevalecido en la historia de la humanidad para computar el tiempo. Sus sistemas y puntos de partida son tan variables como son los datos o acontecimientos juzgados de tanta importancia como para marcar un hito y dividir el tiempo en "antes

(*) *Ministro del Servicio Exterior. Directora del Departamento de Asuntos Sociales*



de" o en "después de", siempre con sobra de arrogancia y de sobrevaloración del elemento utilizado para medir, y sobre todo para dividir una incommensurable dimensión que es el tiempo como latido de la eternidad.

Para el cavernícola, posiblemente, la cronología no tenía más importancia que el momento de la instintiva satisfacción de sus necesidades apremiantes, unido quizás a las expectativas y variaciones climáticas determinantes de la fertilidad o esterilidad de la tierra. La relación científica del tiempo con la astronomía, es de moderna data y, en todo caso, constituye una sustentación infinitamente más acep-

table que otras de artificialidad evidente.

La más vasta cronología establece el remoto contacto geológico en el que los cálculos de probabilidades de acierto acusan diferencias imprecisables, desde el momento en que entrañan transformaciones geológicas fundamentales, pero paulatinas e imperceptibles para la experiencia humana, cuya fugacidad no le permitía testimoniarlas: los períodos glaciales, la formación de montañas, valles y cordilleras, la actividad tectónica, etc.

Hechos imprevisibles no han permitido más que la fijación de divisiones si no más reducidas, por lo menos de inferior amplitud, como

las edades que la evolución humana ha atravesado en su comprobado desarrollo y, aún así, en esas circunstancias existe un enfrentamiento con cifras gigantescas de imposible fijación. Y, de tal guisa, nadie puede aventurarse a determinar fecha alguna de iniciación de la era neolítica, que marca el comienzo de la actividad agrícola, de la domesticación de animales, de la vida sedentaria y de la metalurgia constante en el curriculum vitae del hombre en sus 300.000 años de supuesta existencia, lapso en el cual, desde el cavernícola hasta el constructor de pirámides y de templos, e inventor de la escritura, -que no surgirían por generación espontánea-, tienen que haber transcurrido siglos de siglos de evolución que sólo alcanza a 7000 años atrás, cuando Ur de Calde sería el primer caso de urbanización humana reconocido, con uno o dos siglos de diferencia con la civilización egipcia, precedente en antigüedad a corta distancia de las civilizaciones hindú y china, y de la cultura centroamericana, todas las cuales al madurar, florecer y envejecer, terminaron por volver al seno del olvido. Y, en esa forma, cuando Egipto llegó a ser el viejo Egipto, los griegos no habían pasado de los balbucesos propios de la infancia cultural.

Las escalas históricas, pues, requieren variación, si solo es parte

del cálculo de 12.000 años de existencia de la era neolítica, dentro ya de la cual las grandes civilizaciones de la antigüedad (las desarrolladas en los Valles del Eufrates, del Tigris y del Nilo, y en China), dieron inicio a la división y clasificación del tiempo, computándolo por lo que más les interesaba, vale decir, a través de la prolongación de las sucesivas dinastías de sus gobernantes. El desarrollo social, por cierto, impidió la subsistencia de ese accidental hecho político como factor determinante para la contabilidad del tiempo en función social, por lo cual, en la búsqueda de una fórmula menos deleznable ante la comprobación de

Desde el tiempo del Emperador Yao (hacia el año 2000 A.C.) los chinos concebían dos clases de años: uno civil, regulado por las fases de la luna y uno astronómico, solar, constante de 365 días y 1/4, lo que imponía la intercalación de 1 día cada 4 años.

la variabilidad de la permanencia de las dinastías sobre la tierra, un nuevo criterio fue encontrado en el recuerdo de la existencia de los fundadores de grandes religiones con ca-

pacidad suficiente para prestar universalidad a la propagación de sus credos. Sin embargo, no por eso, otra clase de hitos cronológicos fueron dejados de lado.

Desde el tiempo del Emperador Yao (hacia el año 2000 A.C.) los chinos concebían dos clases de años: uno civil, regulado por las fases de la luna y uno astronómico, solar, constante de 365 días y 1/4, lo que imponía la intercalación de 1 día cada 4 años. En cuanto a los antiguos egipcios, una combinación

portancia para su propia historia.

Según se sabe, los egipcios nunca tuvieron una era regular, excepto una históricamente reconocida en una descripción de Ramsés II en la que fue mencionado el año 400 del rey Hicso Nubti, que cayó en su reino. Bajo la décimo segunda y la vigésimo segunda dinastías, la modalidad de establecer no sólo la sucesión, sino la asociación de padres e hijos en el trono, permite reconstruir la duración de las dinastías con alguna precisión, desde el momento en que el 10mo. aniversario de un rey, señalaba el 1ro. de su coregente. Un sincronismo, decididamente, tuvo efecto entre las historias egipcia y mesopotámica, desde el momento en que el reino de Ramsés II coincidió con el indudablemente fijado en 1250 A.C., de Shalmanazar I de Asiria. Gran importancia tenía para los egipcios también el orto de la estrella Sotis (sirio) que para ellos establecía el primer día del año, acontecimiento celebrado con grandes y solemnes festividades por la iniciación de un nuevo "ciclo sético", de importancia capital en la vida egipcia, por marcar al mismo tiempo la iniciación de las crecientes anuales del Nilo, elemento primordial para la existencia humana en esa por lo demás desértica región del mundo.

En cuanto a los griegos, su cronología es para nosotros complica-

El calendario juliano fue el vigente en la Roma cristiana y también en Constantinopla para el Imperio bizantino, hasta que ocurrió un cambio gradual en la era, adoptándose una nueva que partiendo de la supuesta fecha del nacimiento de Cristo, terminó por reemplazar a la fecha de fundación de la ciudad por Rómulo y Remo.

había sido implantada entre la cronología reconocida en países más antiguos y acontecimientos de im-

da y difícil por falta de una precisa relación con nuestros A.C. y D.C., o con la musulmana era de la Ejira. Esta dificultad se acentúa, especialmente en los tiempos más antiguos por la costumbre de fechar los acontecimientos a partir de la asunción de los magistrados: "En el primer año del arcontado de Apsefion..." "en el primer año del reino de...". Para poder fijar con precisión esta confusión haría falta tener a mano una lista completa de los funcionarios principales en cada ciudad-estado. Probablemente ese pueblo comprendió la falta de un fundamento cronológico y, gradualmente, fue adoptando la costumbre de datar los sucesos por Olimpiadas, reuniones panhéliicas celebradas en Olimpia, que no solamente recibían denominaciones, sino una estricta numeración a partir de la I, convencionalmente fijada en 776 A.C. y se sabe que los Juegos Olímpicos se repetían cada cuatro años.

En la antigüedad romana -como en casi toda manifestación vital o intelectual-, la cronología dependía de los métodos griegos, hasta llegar a decidir una fijación arbitraria del tiempo relativo, a partir de la supuesta fecha de la fundación de Roma. El calendario fue reformado por Julio César, y por obra del peso e influencia del Imperio, fue adoptado en el resto del mundo con

ciertas modificaciones. El calendario juliano fue el vigente en la Roma cristiana y también en Constantinopla para el Imperio bizantino, hasta que ocurrió un cambio gradual en la era, adoptándose una nueva que partiendo de la supuesta fecha del nacimiento de Cristo, terminó por reemplazar a la fecha de fundación de la ciudad por Rómulo y Remo. Esta modificación tardó mucho tiempo en imponerse y fue Carlomagno la primera autoridad secular en usarla; antes de esa época, los cronologistas cristianos optaban frecuentemente por adoptar fechas derivadas del figurado nacimiento de Abraham, que Eusebio determinó como ocurrido en octubre de 2016 A.C.

Roma no dejó de imitar la costumbre griega de fijar eras parciales a partir de acontecimientos tenidos como capitales, como la accesión al trono por parte de los reyes y emperadores. Realizados cálculos y cuentas, los cronologistas romanos definieron el año 45 A.C. como el punto de partida para el calendario juliano. La antigua modalidad de establecer eras parciales se reflejó en la Francia revolucionaria con la fijación de una nueva cronología a partir de la instauración de la República Francesa, la misma que adoptó al mismo tiempo una novedosa división del año en meses de nombres arbitrarios, poéticamente sugere-

ridos por Fabre d'Englantine, quien, en su delirio revolucionario, no tuvo en mente que las estaciones difieren totalmente del hemisferio norte al hemisferio sur y que, por lo tanto, la universalización de la Revolución Francesa encontraría la dificultad de llamar Nivoso al mes más frío del norte, que en el sur es justamente el mes más cálido. México durante el tiempo adoptó asimismo para uso oficial su propia era revolucionaria, ejemplo grotescamente seguido por los corifeos del dictador dominicano Trujillo, para designar con su nombre al tiempo histórico, como si el vergonzoso episodio de la presencia en la historia latinoamericana de aquel sujeto, pudiera haber llegado a tener una trascendencia cósmica.

La cronología cristiana, impuesta por el peso de la influencia occidental, empero no es universal, pues verbigracia, se encuentra vigente entre los israelíes su propia cronología, que parte de la alegada fecha nada menos que de la fundación del mundo, la misma que según sustentadores, habría tenido lugar el domingo 7 de octubre del año 3761 A.C., a las 23H11 y un tercio. Esta fijación cronológica judía actualmente en boga, sin embargo ha conocido varias intercalaciones de eras a partir de grandes acontecimientos como el diluvio, el éxodo, el terremoto ocurrido en

tiempos del rey Uzías, los días de los monarcas reinantes y el exilio en Babilonia. Después de Alejandro Magno los judíos acataron la era seleúcida, que por la trascendencia e importancia que alcanzó, permaneció vigente hasta el siglo XVI y aún rige en Arabia Saudita.

En América, no puede dejar de mencionarse a dos civilizaciones (la de los mayas y la de México) preocupadas por la medición del tiempo. El calendario maya se basa en un año de 365 días y el mexicano reconocía los días festivos según su coincidencia con las estaciones.

Entre las principales cronografías no puede dejar de mencionarse al calendario musulmán, puramente lunar, dividido en ciclos de 30 años, 19 de los cuales son años comunes de 354 días cada uno y 11 con el apéndice de un día en el último mes. La iniciación de la era musulmana fija su primer día en aquel en que el Profeta Mahoma huyó de la Meca para refugiarse y hacerse fuerte en Medina.

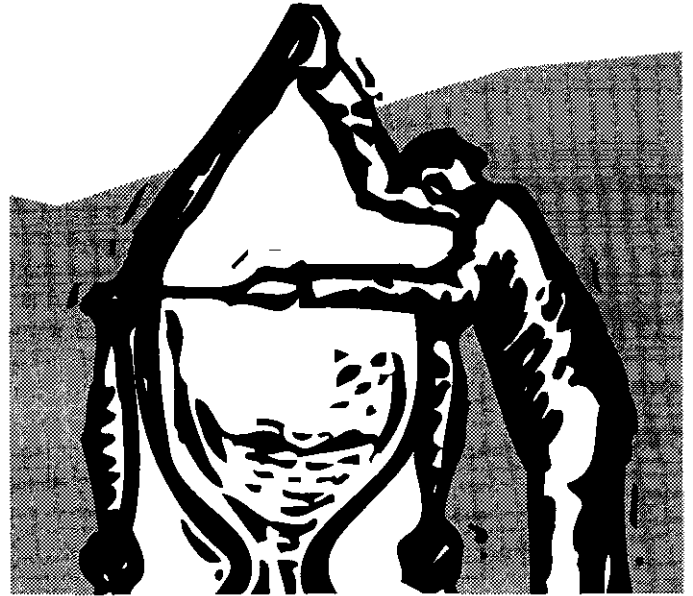
Mas, de cualquier forma, y especialmente a causa del peso económico, comercial y político de los países occidentales, que desde el milenio pasado adoptaron una cronología que parte del nacimiento de Cristo, ésta ha terminado por hacerse universal, con otras complementarias en determinados lugares, más por razones tradiciona-

les y de prestigio religioso que prácticas.

La iniciación de la era cristiana, en verdad, arranca de la inspiración del monje Dionisio El Exiguo, quien en el siglo VI se aplicó al cálculo de la fecha de nacimiento de Jesucristo, que dedujo tendría lugar el 25 de diciembre de 753 de Roma, haciendo coincidir el año primero de la era cristiana con el 754 de Roma. El aludido sistema se propagó primero en Inglaterra en

el siglo VII y en el VIII en Francia, Italia y Alemania, pero sin que los Papas lo adoptaran hasta fines del siglo X. En la península Ibérica no llegó a implementarse sino desde fines del siglo XII hasta comienzos del siglo XV. La costumbre de fijar fechas calculadas con relación al nacimiento de Jesucristo obtuvo generalización apenas en el siglo XVIII.

Realística o arbitraria la división del tiempo, es lo cierto que para el cómputo impuesto por la cultura occidental -de turno en el comando del mundo- simultáneamente con el ingreso el siglo XXI, el II milenio de la era cristiana está ad portas: dos



milenios repletos de transformaciones en todos los campos de la existencia, que hacen irreconocible al año 1, con la potencia romana en todo su apogeo, oponiéndolo al año de 1990 con el sorpresivo derrumbamiento del imperio marxista que aspiraba a una universalización indiscutida.

Sólo a grandes trancos podría resumirse la historia de los dos primeros milenios de la era cristiana, partiendo obviamente de la adopción del cristianismo por el Emperador Constantino el Grande y la partición del Imperio romano en sus segmentos occidental y oriental, el último de los cuales (Bizan-

cio) estuvo destinado a durar 1.130 años, extenso lapso que vio nacer el surgimiento de los grandes estados europeos modernos. Por corta providencia, el Imperio Romano Cris-

El siglo XXI y con él el III milenio de nuestra era, anuncia grandes acontecimientos, pero además graves problemas que tienen que ser resueltos con urgencia.

tiano en el siglo V perdió sus provincias occidentales a manos de los teutones, aunque para recuperarlas el siglo VII conoció la expansión de los sarracenos y de los eslavos, pero a consecuencia de prudentes reformas adoptadas, el siglo VIII dio paso al IX con un nuevo brillante período de poderío y de conquistas que terminó con el acentuado declino del siglo XI.

Durante su larga vida, como su mayor objetivo, el Imperio bizantino tuvo a su cargo la defensa de Europa contra los ataques impulsados por los poderes surgidos en Asia Occidental, los cuales cubren hasta cuatro períodos: el de Persia, que terminó en 630 con el triunfo romano; el de los sarracenos, que dejó de ser temible el siglo XI; el de los turcos en los siglos XI y XII y el

de los turcos otomanos, que significó la caída histórica total del imperio romano a mediados del siglo XV.

Las cruzadas colmaron la historia de las relaciones humanas; en su objetivo de rescatar los santos lugares de manos de los infieles, fueron al mismo tiempo épocas de grandes peregrinaciones y de guerras. Estas operaciones iniciadas en el siglo XII, en número de 8 terminaron en 1291, después de dejar como resultado político tangible la creación de estados latinos en Oriente y Grecia, además de establecer un contacto beneficioso de culturas. Por cierto, una suerte de cruzada permanente había de mantenerse hasta el siglo XVI, cuando tuvo lugar la batalla de Lepanto (1571) y aún hasta 1664, año en que los sarracenos fueron obligados a levantar el sitio de Viena.

Desde la caída del Imperio Romano de Occidente (siglo V D.C.) hasta la caída de Constantinopla en poder de los turcos y el descubrimiento de América en 1492, el período histórico-social que vivió la civilización occidental es conocido como "Edad Media" o "Medioevo", extenso período con características sui géneris como el Feudalismo y, como reacción a él, el nacimiento del poder central de los reyes y del Absolutismo como medio de gobierno. Las guerras de religión se

desarrollaron entre los monarcas católicos y los protestantes, con virulencia y lujo de crueldad, como consecuencia de la adición o rechazo a la Reforma preconizada por Martín Lutero; y en el campo cultural, el mundo presenció la magnífica eclosión del arte y de la literatura que se conoce con el nombre de Renacimiento, o retorno a las fuentes culturales de la antigua Grecia, con sus prototipos de belleza inspirados en la fiel imitación de la naturaleza.

La Edad Moderna comprende entonces, el ámbito cronológico que arrancado del descubrimiento de América (finales de siglo XV) alcanza a la Revolución Francesa a fines del siglo XVIII, llamado "el siglo de las luces" a causa del esplendor logrado en la producción intelectual y científica.

El siglo XIX contempla atónito la aventura napoleónica y su desenlace en Waterloo, el Congreso de Viena de 1815 para reordenar la geografía política europea, la independencia de las colonias hispano-americanas, la abolición de la esclavitud, la Guerra de Secesión norteamericana, la intervención francesa del II Imperio Napoleónico en México y la expansión colonial europea en Asia y África.

El siglo XX por fin palpita en el ritmo de las dos horribles guerras mundiales (1914-1918) y (1939-

1945) que consagran la más arbitraria división del mundo en sectores de influencia soviética y un mundo libre (o pseudo libre). La revolución rusa, de inspiración marxista, trajo consigo una nueva concepción económico-política que predominó en toda la Europa Oriental en varios países de Asia y África y en dos de Latinoamérica (Cuba y Nicaragua). Esta estructura marxista-leninista se derrumbó como por arte de encantamiento durante el último trimestre de 1989 y el primero de 1990 en un movimiento imprevisible y espontáneo en nombre de la libertad.

Ha sido el postrer siglo del II milenio también el siglo de la tecnología, del arribo del hombre a la luna y de la liquidación del colonialismo.

El siglo XXI y con él el III milenio de nuestra era, anuncia grandes acontecimientos, pero además graves problemas que tienen que ser resueltos con urgencia, relacionados especialmente con el subdesarrollo de vastas regiones del planeta que compromete la armonía general y no deja despejar del horizonte de las relaciones internacionales el fantasma de la guerra, sin duda el peor de los azotes que ha afligido la existencia del hombre sobre la Tierra.

